

*Año 476 a. C.*  
*Principios de primavera.*  
*Noroeste de Carpetania.*  
*Poblado de Ramaro.*

Obedeciendo la orden del instructor, al unísono, como en una danza mil veces ensayada, los catorce jóvenes colocaron las flechas, tensaron las cuerdas, alzaron los arcos con idéntica inclinación y soltaron sus saetas que, con un fuerte siseo, ascendieron en vuelo parabólico y fueron a caer al otro lado de la arboleda.

“Los buenos arqueros no necesitan ver a su enemigo, les basta con saber dónde está”, les había explicado Lausus, su adiestrador, respondiendo al porqué de aquel ejercicio la primera vez que lo habían realizado.



En medio de una tierra yerma, sin sol, sin viento ni sonidos, una repentina y espesa emanación se cernió sobre él y empezó a envolverle con recuerdos e imágenes de un pasado cercano.

Estaba de pie, rodeado de desconocidos ataviados con negras túnicas, observando, angustiado, el espectáculo desde lo alto de una esplendorosa torre de bruñidas piedras. Abajo, a muchos codos de distancia, sobre una tierra gris y desolada hasta el infinito, una mujer, joven y armada, presos sus tobillos por sendas argollas de hierro encadenadas a la propia tierra, permanecía con la cabeza reclinada sobre el pecho, como muerta.

El aire, de pronto, se llenó de un creciente resonar de invisibles tambores que, al poco, fueron acallados por un subterráneo y estre-

mecedor crujido que cuarteó la tierra alrededor de la cautiva. Como dirigida por una voluntad superior, una fangosa marea comenzó a brotar inmediatamente de las entrañas del subsuelo, ciñéndose al cuerpo de la mujer.

Los desesperados tajos de la guerrera hendían una y otra vez el gorgoteante y pestilente fluido, que por momentos adquiría los contornos de rabiosas bestias, pero sus golpes traspasaban los acuosos y cambiantes perfiles sin herirlos, sin detener su acoso, sin frenar sus dentelladas.

En su imparable ascenso, el lodo alcanzó sus rodillas, su vientre, su pecho, su cuello y comenzó a penetrar en su boca. Quería escapar, quería gritar, pero sólo una bocanada de vómito salió de su garganta. El denso limo cubrió su nariz, entró en sus oídos. Empezó a engullir sus ojos.

Mientras tanto, en lo alto de la inmaculada torre, las personas que asistían al tormento bebían y reían sin parar, dejando ver sus negreadas lenguas.

La última y suplicante mirada de la víctima fue para él.

Era Stena.



Ramaro despertó sobresaltado. Su corazón latía desbocado y un sudor frío le empapaba el rostro. Durante largo rato permaneció inmóvil en el lecho, jadeando y con la vista perdida en la lóbrega techumbre, incapaz de borrar de su mente el horrible ensueño.

Mientras sentía el cosquilleo del sudor secándose en su frente, desvió la vista hacía un lado y, en la penumbra, contempló el rostro de Stena. Dormía con el sueño sereno de quienes tienen su alma en paz. Sin dejar de observarla, de repente el semblante de Ramaro cambió, se tornó tenso y después se crispó. Seguidamente, apartó con sumo cuidado la manta de lana de oveja que le cubría, salió del lecho y abandonó la estancia.

Algunos días después, en medio de la noche, un leve rumor de pasos despertó a la joven vetona. Entreabrió los ojos y, a la tenue luz

de los rescoldos, distinguió las siluetas de sus dos niñas que deambulaban sigilosamente por la habitación. Se acercaron al cántaro del agua, retiraron el paño que tapaba su boca y, valiéndose de un cacillo de madera, ambas saciaron su sed. A continuación, recubrieron de nuevo el cántaro, colocaron con cuidado el pequeño utensilio sobre él y, con la misma cautela y una sonrisa cómplice, se fueron.

Al reacomodarse en el lecho se dio cuenta de que Ramaro no estaba. “Otra vez”, murmuró torciendo levemente el gesto.

No se había dado cuenta de su marcha.

Era curioso cómo, durante el sueño, su cerebro había ya aprendido a discriminar los sonidos y, mientras ignoraba algunos muy cercanos, otros más leves la ponían en alerta, como en el caso de las chiquillas. “Instinto de mamá osa”, se dijo. Sonrió amargamente, se arrebujó bajo la acogedora frazada y continuó durmiendo.

El porqué de tales ausencias nocturnas continuaba siendo para Stena un misterio. Tal comportamiento había empezado aproximadamente a principios del otoño anterior, poco más de una luna después de que ella regresara de Gádir. En aquella primera ocasión, al advertir que se demoraba más allá de lo que un simple vaciado de vejiga o de tripas requería, se levantó, lo buscó por la casa y terminó asomándose al exterior. Y allí le vio, en pie, inmóvil en lo alto de la empalizada, envuelto en su manto, con la mirada clavada en el sur.

Y lo mismo sucedió la segunda vez, y la tercera... Después ya no había vuelto a abandonar el camastro. ¿Para qué? Sabía dónde estaba y lo que hacía. Y en cuanto al verdadero motivo...

—Ya lo soltaré —se decía.

Pero no lo hizo.

—No me pasa nada —respondía—, es que no necesito dormir más —y callaba, poniendo fin a la explicación.

Sabía que no le decía la verdad, pero como él insistía en sus lacónicas respuestas, decidió dejarlo estar.

Últimamente sus paseos nocturnos se habían redoblado y a Ramaro se le empezaban a notar los efectos de tanta vigilia: ojeras, palidez, pérdida de peso, nerviosismo, mal humor... No es que

tuviera muchas cosas que hacer, aparte de entrenar y cazar de cuando en cuando, ya que sus obligaciones como jefe del clan no le quitaban apenas tiempo, pero para la gente no era nada aleccionador verle dormitando por ahí en cualquier momento del día.

Stena le miraba y se aguantaba las ganas de agarrarle por el cuello y hacerle confesar. Pero algo tenía que hacer y el único que podía ayudarla a desvelar aquel misterio era Ablón.

Todos en el poblado se habían dado cuenta del cambio de aspecto y de actitud experimentados por Ramaro, y el buhonero antes que ninguno. Sin embargo, había decidido mantenerse al margen, porque él no iba adonde no le invitaban.

Aunque una vez le abrían la puerta...

—Creo que me lo llevaré de caza —le dijo a Stena—. Un par de jornadas por un buen bosque le aclararán las ideas y le soltarán la lengua.

Y el tratamiento surtió efecto, un extraño efecto, ya que, si bien el Ramaro que regresó de la cacería parecía ser el de siempre, de nuevo alegre, activo y con el alma serena, Ablón volvía transformado en un ser decaído y preocupado. Era como si se hubiesen intercambiado los papeles.

—Oía voces dentro de su cabeza. Sentía que los dioses le hablaban —le había dicho Ablón en cuanto ella le abordó apenas regresar de su escapada—, pero ni él mismo entendía lo que le decían.

—¿Y ahora ya lo sabe?

—Sí. Ya está tranquilo —repuso el buhonero, aunque por su taciturno aspecto no parecía alegrarse de ello.

Y tenía una buena razón ya que la decisión que había tomado Ramaro y pensaba acometer muy pronto le tenía desquiciado.

—¿Y qué querían los dioses de él? ¡Vamos, dímelo!

—Eso he jurado no revelártelo..., de momento.

—Pero...

—Lo siento.

Y, sin más, la dejó allí plantada, boquiabierta.

—¡Hombres! —suspiró ella viéndole alejarse.

Y por unos días todo volvió a la normalidad. Ramaro había recobrado la tranquilidad y retomado su ritmo y sus ocupaciones diarias, con la única diferencia de dedicar más tiempo del acostumbrado a su entrenamiento guerrero, con Ablón como único y severo oponente. La paz, pues, había regresado a sus vidas.

Lo que ignoraba la joven vetona era que aquella calma no se debía a que se hubieran terminado las cuitas de su compañero o silenciado las voces de su cabeza, sino a que ya tenía claro lo que debía hacer.

Y pocos días después, Ramaro decidió que había llegado el momento de empezar a acallar los demonios que le atormentaban.

—Hoy mismo partiré..., y no sé lo que tardaré en regresar. Una luna, quizás más...

La revelación dejó momentáneamente sin habla a Stena, cuyo semblante era de absoluto pasmo. Notaba cómo la sangre fluía veloz hacia sus sienes y su corazón, que empezaron a palpar desahoradamente.

Ramaro continuó hablando:

—Es un viaje que he de hacer... No puedo decirte los motivos, únicamente que son los dioses quienes me impulsan a partir.

La calma y la determinación que reflejaban su voz y su mirada denotaban una voluntad férrea, una voluntad que ella conocía bien. Nada de lo que dijera o hiciera le harían cambiar la decisión. Nada. Por eso, ni lo intentó.

—¿Te puedo ayudar en algo? ¿Puedo acompañarte?

—He de ir solo, pero en el caso de que alguien viniera conmigo, tú serías la única persona de este mundo que jamás podría hacerlo.

El desconcierto de Stena y su preocupación eran patentes.

—No te inquietes. Lo que voy a hacer es del agrado de los dioses. Sé que guiarán mis pasos y me protegerán —Ramaro trataba de llevar un poco de serenidad al alma de la brava vetona—. Tú también debes confiar en ellos.

Y le vieron partir, con el arco cruzado a la espalda, la espada colgando del tahalí y la lanza empuñada.

Hacia el sur.